

Sociedad de Estudios de Historia Agraria - Documentos de Trabajo

DT-SEHA n. 2301

Abril de 2023

www.seha.info

DOMINGO GALLEGO Y LOS PROGRESOS DE SU CAMINO



Fernando Collantes*

*Universidad de Oviedo, Departamento de Economía, Facultad de Economía y Empresa
Contacto: collantesfernando@uniovi.es

© Abril de 2023, Fernando Collantes

ISSN: 2386-7825

DOMINGO GALLEGO Y LOS PROGRESOS DE SU CAMINO

Este texto comenta el libro de Domingo Gallego *Los caminos del progreso: una historia del desarrollo económico*. Se argumenta que la originalidad del libro reside en el modo en que combina una amplia variedad de piezas dentro de un enfoque de largo plazo que tiende a unificar la experiencia histórica de los países hoy desarrollados y a enlazar la historia de los hechos y las ideas económicas. Desde el punto de vista analítico, la clave del progreso no se sitúa en ningún sector productivo ni en ningún grupo social en concreto, sino en los contextos que promueven el florecimiento de proyectos diversos y su coordinación. Tras identificar los ecos de la trayectoria de Gallego como historiador agrario en el hilo conductor de la obra, se presentan los principales contenidos de esta. También se aportan algunas observaciones sobre la definición del progreso, el institucionalismo que informa buena parte del libro, el posicionamiento histórico del tiempo presente en los países desarrollados y el tratamiento que se ofrece de los países menos desarrollados.

Palabras clave: historia económica mundial, desarrollo económico internacional, economía institucional, historia del pensamiento económico, historia agraria

Códigos JEL: N00, O10, B00.

DOMINGO GALLEGO AND THE PROGRESS OF HIS WAY

This text comments on Domingo Gallego's book *Los caminos del progreso: una historia del desarrollo económico* ("The ways of progress: a history of economic development"). It is argued that the book's originality lies in the assembling of a wide variety of pieces within a long-run approach that tends to unify the historical experience of today's developed countries and brings together the history of economic facts and ideas. From an analytical point of view, the key to progress is not placed on any particular industry or social group, but on the contexts that promote the flourishing of diverse projects and their coordination. After identifying the echoes of Gallego's trajectory as an agricultural historian in the book's argument, the main contents of the book are reviewed. The paper also provides some observations about the definition of progress, the kind of institutionalism that informs the book, the historical positioning of the present time in developed countries, and the material on less developed countries.

Key words: world economic history, international economic development, institutional economics, history of economic thought, agricultural history

JEL codes: N00, O10, B00.

En sus memorias, Steve van Zandt (2021), uno de los pilares de la E Street Band de Bruce Springsteen, recuerda que, en sus inicios a finales de los años sesenta, el Springsteen guitarrista no era capaz de replicar las canciones más populares con la misma precisión que otros aspirantes a estrellas del rock de la costa de Nueva Jersey. En los concursos de imitación que organizaban en casa de cualquiera de ellos, siempre terminaba llegando un momento en el que Springsteen tocaba la nota que no era. La incapacidad de Springsteen para tocar las notas correctas cuando imitaba a otros formaba parte, presume van Zandt, de la misma capacidad para distinguirse de los demás que terminaría convirtiéndolo en superestrella. En el relato de van Zandt, no es que Springsteen buscara deliberadamente ser original: es que, como demostraban sus recurrentes fiascos en los concursos de imitación caseros, no podía evitar serlo.

Una sensación similar produce la lectura de *Los caminos del progreso*, el libro en el que Domingo Gallego (2022) ha volcado todos sus conocimientos y visión sobre la historia económica mundial. Se trata del resultado de décadas de docencia, pero también de la interacción entre esa docencia y su propio camino como investigador, y muy especialmente de sus investigaciones en el campo de la historia agraria. Acaso una de las claves de la espontánea originalidad que recorre el libro provenga, precisamente, de la posición historiográfica del camino seguido por Gallego a lo largo de su carrera: un terreno en el que la economía y la historia se combinan de manera tan armoniosa que resulta difícil saber cuál de las dos está al mando. La primera parte de su carrera, basada en la reconstrucción sistemática de series cuantitativas, se distanciaba de cualquier noción de la historia económica como una provincia más de la historia a secas. De hecho, el Grupo de Estudios de Historia Rural (1985) del que formaba parte pareció encajar sin mayores trastornos en el “desembarco de Normandía” de la cliometría española que en 1985 coordinaron Pablo Martín Aceña y Leandro Prados de la Escosura. Sin embargo, conforme la cliometría fue pasando a dominar la disciplina, Gallego, cada vez más interesado en los contextos sociales del comportamiento económico, parecía resistirse igualmente a ver la historia económica como simple provincia de la economía aplicada. De hecho, no serían infrecuentes los textos en que se referiría a sí mismo como historiador. Si, como planteó de manera brillante Carlo Cipolla (1991), la historia económica se encuentra a caballo entre dos culturas, la humanística tradicionalmente asociada

a la historia y la científica que los economistas suelen tomar como seña de identidad, el camino tomado por Gallego representa como pocos una apuesta sostenida por su integración y combinación.

Quizá ninguna de las piezas que Gallego utiliza en este largo ensayo de más de 500 páginas sea muy innovadora. De hecho, Gallego rehúye la mayor parte de las trifulcas académicas pasadas o presentes para producir con engañosa sencillez soluciones de síntesis en las que sucesivas capas de investigación se integran de manera armoniosa. El libro paga pocos peajes a las diversas tribus historiográficas, centrando el hilo argumental en los hechos económicos y en las ideas que los dieron forma. Gallego encuentra con aparente facilidad la manera de integrar entre sí literaturas muy dispares sin verse arrastrado por lo que podría haber sido una indigesta cacofonía de agendas, perspectivas y métodos. El resultado es una voz notablemente unificada a lo largo y ancho del enorme radio espacial y temporal que el libro aspira a cubrir. Solo por esto, el libro ya se diferencia para bien de no pocos manuales y ensayos sobre la historia económica mundial, lastrados por la carencia de un hilo conductor que conecte entre sí los distintos periodos y países o por la tendencia de sus autores a establecer dicho hilo conductor sobre la base de la exclusión de las tribus historiográficas enemigas.

Y, sin embargo, estamos ante un libro muy innovador. Su originalidad tiene menos que ver con las piezas puestas encima de la mesa como con el modo en que Gallego las combina y organiza. El libro está planteado en torno a una doble decisión que resulta clave: apostar por el largo plazo en detrimento de fases y coyunturas de menor duración y unificar la experiencia histórica de los países hoy desarrollados. Más que dos decisiones separadas, estamos ante dos vertientes de una misma decisión. En el relato estándar, la historia económica mundial está compuesta sobre todo por periodos de duración media, cuando no abiertamente corta. Podemos encontrar (quizá) tratamientos de conjunto de la larga etapa preindustrial, e incluso del siglo XIX, pero la accidentada complejidad del siglo XX siempre ha parecido prestarse mal a tales estilizaciones, como también parece ser el caso con lo que llevamos de siglo XXI. El relato estándar pasa así de un análisis de las dinámicas de fondo que transformaron a las economías occidentales durante el siglo XIX largo (generalmente con el telón de fondo de su reflejo invertido en el periodo preindustrial) a una detallada

secuencia de hechos económicos que marcaron la historia posterior a 1913, entre ellos dos guerras mundiales, la Guerra Fría y sucesivas coyunturas de crecimiento y crisis. Nada de esto está realmente ausente del libro de Gallego, pero su planteamiento es otro. Frente a la sucesión de coyunturas y fases de media duración, Gallego apuesta por periodos más largos, diferenciando la era preindustrial de la contemporánea y, dentro de esta última, subrayando el contraste entre el capitalismo del siglo XIX y el capitalismo del siglo XX. Y, frente a las casuísticas nacionales, un tratamiento de conjunto de los países hoy desarrollados: la apuesta consiste en que el sacrificio de algunos detalles empíricos (en vano buscará el lector claves sobre, pongamos, la vía belga hacia la industrialización) permitirá desplegar una línea interpretativa más analítica sobre los hechos clave que conforman el núcleo de la historia del desarrollo económico internacional. Se trata de una apuesta en gran medida ganadora: la “compresión de la historia” que encontramos en este libro no es una compresión que distorsione el análisis (como en el contexto en que Gareth Austin, 2008, acuñó esta expresión). Es más bien al contrario: es justo lo que permite a Gallego una profundización analítica que de otro modo habría resultado casi imposible de lograr.

CAMINOS, EN PLURAL

Ya desde el título, con su nada azaroso plural, *Los caminos del progreso* reivindica la diversidad como premisa del éxito. No se nos plantea la existencia de una única senda hacia la prosperidad económica y social. Más que un pasillo estrecho, Gallego dibuja una maraña de sendas conectadas entre sí. Todas ellas pueden terminar llevando al éxito y, de hecho, más bien parece que la mayor parte de veces aquel es el punto de llegada de un itinerario en el que varias de ellas han sido recorridas, en ocasiones de manera secuencial y quizá más aún de manera simultánea. La diversidad parece ser, de hecho, clave en el interior de cada una de las sociedades prósperas. Ya desde los capítulos dedicados al periodo preindustrial, Gallego subraya a menudo la importancia de que vaya conformándose un tejido social en el que convivan y se refuercen mutuamente grupos sociales diversos con sus estrategias y proyectos. No hay una carta ganadora: ni la industria desde el punto de vista sectorial, ni la burguesía

emprendedora desde el punto de vista social, ni los distritos innovadores desde el punto de vista territorial. Es la combinación de actores bien diversos la que, lejos de centrifugar las energías económicas en direcciones aparentemente subóptimas, termina confiriendo al sistema la solidez suficiente para avanzar hacia la prosperidad en el largo plazo, superando de manera recurrente las crisis y dificultades que inevitablemente afectan cada cierto tiempo a determinados sectores, grupos sociales o territorios.

Esto no quiere decir que el desarrollo económico sea para Gallego tan sencillo como crear una sociedad de mercado y sentarse a esperar que las virtudes de la mano invisible de Adam Smith terminen generando prosperidad para todos. Precisamente porque las sociedades con más potencial de desarrollo son diversas, están expuestas a todo tipo de conflictos internos, así como a continuos problemas de coordinación entre unos y otros sectores, unos y otros grupos sociales, unos y otros territorios. Es ahí donde las políticas públicas están llamadas a desempeñar un papel fundamental. Del mismo modo que, siguiendo a Karl Polanyi (1957/2003), para Gallego la sociedad de mercado es en gran medida una creación política de los Estados, el éxito económico y la viabilidad social y medioambiental de esa sociedad de mercado también requiere un contexto que, lejos de poder aparecer espontáneamente de la mano del propio mercado, debe surgir desde fuera de este: desde los ámbitos de las políticas públicas y la acción colectiva.

Pero, más allá de esta idea general, Gallego se cuida de reescribir la historia económica mundial en términos de la receta mágica que unos países crearon, otros aprendieron y otros, finalmente, se empeñaron en ignorar. El Estado debe coordinar las tensiones sociales y ambientales propias de una vida económica diversa, pero solo puede hacerlo con éxito si por el camino no destruye la propia diversidad que está en la base del progreso. Las políticas públicas exitosas son las que generan sinergias con las estrategias y proyectos de los actores del sector privado, lo cual es tanto como decir que su identificación depende menos del dogma a priori que de un cauteloso proceso de búsqueda. En la historia del desarrollo económico de Gallego, el Estado no puede actuar como *deus ex machina*. No lo hizo en los países de desarrollo temprano y, cuando intentó hacerlo en lugares como la Alemania de Hitler o la Unión

Soviética de Stalin, fracasó. Incluso la senda de cambio de la China comunista en las últimas décadas es susceptible de una matizada lectura en esta línea.

En realidad, cuando Gallego describe la acción colectiva necesaria para el buen funcionamiento de la sociedad de mercado en los países hoy desarrollados, no se detiene en las políticas públicas. También incluye la formación de redes que conecten a actores con intereses y problemáticas similares, favoreciendo así no solo su cohesión interna como grupo sino también su capacidad para exponer demandas y proyectos ante otros grupos sociales y, llegado el caso, negociar con estos y con las instituciones públicas. La densidad organizativa alcanzada por las sociedades occidentales en su camino hacia el desarrollo, lejos de aparecer como un obstáculo al funcionamiento de la economía de mercado, emerge como una clave para que esta pueda resultar viable desde el punto de vista social y político. Mirando hacia delante, la densidad organizativa también parece fundamental en la proyección que Gallego propone sobre cómo podría realizarse la transición hacia un sistema económico más sostenible desde el punto de vista medioambiental.

En lo que no deja de ser un eco de la propia trayectoria personal de su autor, el libro va de la historia a la teoría. Aunque estos conceptos e ideas impregnan la historia del desarrollo económico internacional que ocupa las primeras quinientas páginas, es en las últimas cincuenta en las que encontramos su presentación más explícita. A tales efectos, Gallego elige la etiqueta de “economía institucional” para referirse a una visión en la que el comportamiento económico se encuentra firmemente enraizado en las estructuras sociales. Frente a la tensión entre el mercado y el Estado como foco del debate económico y político, se subraya la importancia de las relaciones y redes sociales como fundamento de ambos y catalizador de sus sinergias.

EL CAMINO DE DOMINGO GALLEGO

El énfasis de Gallego en la diversidad de dinámicas sectoriales que impulsa el desarrollo económico genera un eco tan resonante con su propia trayectoria investigadora que merece la pena comentarlo. En no poca medida, lo que Gallego hace en este libro es utilizar su visión de la agricultura española

entre 1800 y 1936 como lente desde la que identificar, y en su caso, elaborar los caminos que pueden conducir al progreso.

La carrera investigadora de Domingo Gallego comenzó con una tesis doctoral sobre la evolución de la producción agraria en Álava, Navarra y La Rioja entre 1850 y 1936 (Gallego, 1986). Esta tesis se inscribía dentro de un programa de investigación conjunto con otros miembros del Grupo de Estudios de Historia Rural. Por ejemplo, las tesis de José Ignacio Jiménez Blanco y Santiago Zapata cubrieron Andalucía y Extremadura, la de Francisco Zambrana se centró en la producción olivarera, y en diversas obras de autoría colectiva el Grupo ofreció perspectivas de conjunto sobre diversos aspectos del crecimiento agrario español del periodo 1850-1936 (GEHR, 1991). Tras esta etapa centrada en la producción, el Grupo se orientó más adelante hacia el estudio de la que quizá era la principal cuestión institucional en la historia agraria del periodo: la evolución de los montes públicos y comunales en una era marcada por las desamortizaciones, las privatizaciones y las individualizaciones, así como por la notable persistencia de sistemas locales de autoorganización (GEHR, 1999).

Estas dos líneas de investigación confluyeron en la síntesis de la historia agraria española que Gallego, combinando la reconstrucción de series cuantitativas con una imponente capacidad de absorción de los estudios de caso que iban apareciendo, iría tejiendo a lo largo de la década de 1990 y primeros años 2000. Su tesis más conocida, desde luego, fue la del carácter pausado del desarrollo agrario español del periodo 1800-1936. De un modo que ya estaba esbozado en su propia tesis doctoral, Gallego se encontraba entre los historiadores escépticos al respecto del supuesto carácter retardatario del sector agrario dentro del desarrollo económico español. La agricultura no había sido “el pozo de todos los males”. Era cierto que no había crecido con tanta rapidez como la industria. Era cierto que no había crecido con tanta rapidez como en otros países. Pero no era cierto el tópico de un sector atrapado en el tiempo, anómalamente instalado en una rutinas tecnológicas, económicas y sociales conformadas largo tiempo atrás. El sector había ido desarrollándose de manera pausada: sujetos a unas restricciones geográficas importantes en muchas regiones del país, y sujetos también a las limitaciones impuestas por una demanda urbana que no crecía con tanta rapidez como en otros países, los variados sistemas agrarios del país fueron evolucionando. Hubo algunos

cambios tecnológicos y cierta mejora de la productividad del trabajo, al tiempo que las sociedades rurales adaptaban su funcionamiento a un contexto bien diferente al del Antiguo Régimen. De las diferentes versiones de este argumento que comenzaron a proliferar en el marco del entonces llamado Seminario de Historia Agraria, es probable que la de Gallego (2001a; 2001b) fuera la más completa por la fluidez con que integraba una notable variedad de piezas, incluyendo algunas que (sobre todo en el ámbito de la historia económica) parecían haber sido diseñadas por sus autores para otros fines.

El interés de Gallego fue entonces desplazándose cada vez más hacia esos distintos modelos de sociedad rural que habían ido conformándose en unas y otras partes del país. En algunos lugares, como en la Cornisa Cantábrica, fueron emergiendo sociedades campesinas que, con el tiempo, irían conduciendo a comunidades de pequeños propietarios con un apreciable grado de cohesión interna. En otros, como en el Valle del Guadalquivir, las privatizaciones de montes públicos favorecieron una gran concentración de la propiedad de la tierra y la consiguiente formación de sociedades latifundistas. Muchas otras zonas, como la Comunidad Valenciana, combinaban rasgos de ambos modelos y podían verse como sociedades “mixtas”. Las causas eran múltiples, e iban desde las características geográficas de unos y otros territorios hasta los incentivos derivados de su creciente incorporación a una economía de mercado integrada a escala nacional e internacional o la propia estructuración del poder local. Sea como fuere, el interés de estos distintos modelos de sociedad rural radicaba en que de ellos dependían no solo las estrategias productivas de los distintos actores o la distribución del ingreso agrario entre ellos, sino también la conformación de un sustrato que favoreciera u obstaculizara el desarrollo económico más allá del medio rural. Las sociedades rurales relativamente equilibradas favorecían que, a través de su inserción en diversas redes, la población adquiriera toda una serie de capacidades útiles para sacar sus proyectos adelante, ya fuera en el campo o más tarde en la ciudad (Gallego, 2007).

La importancia concedida por Gallego a esta secuencia empírica favoreció que, de manera paralela, fuera profundizando en la elaboración de un marco conceptual adecuado para el estudio de sus implicaciones. El resultado fue su creciente interés en una variante de “economía institucional” con puntos en

común con la sociología económica. En ella, el comportamiento económico de los individuos se encuentra enraizado en las estructuras sociales. Una de sus dimensiones clave es la negociación con otros individuos que parten de intereses diferentes, pero con los que pueden terminar hallándose espacios de convergencia. Por supuesto, no todas las estructuras sociales favorecen negociaciones equilibradas entre unos y otros actores, pero incluso los sistemas más desequilibrados necesitan apoyarse en cierto grado de consenso cotidiano entre ellos. Por otro lado, el comportamiento de los actores contribuye a reproducir o transformar las estructuras sociales en que se inscribe, sobre todo conforme la formación de redes sociales y la acción colectiva solidifican nuevos patrones de actuación y negociación. Los caminos hacia el progreso pasan por conformar medios sociales en los que las capacidades individuales y colectivas de las personas son gradualmente fortalecidas, conduciendo a negociaciones relativamente equilibradas entre ellas basadas en el respeto y orientadas hacia el éxito de los proyectos que cada cual tiene entre manos (Gallego, 2007).

En gran medida, la historia del desarrollo económico internacional contada por *Los caminos del progreso* va desplegándose a partir de estas tres piezas ampliamente trabajadas por el Domingo Gallego historiador agrario: la importancia de los sectores no líderes y sus “desarrollos pausados”, la influencia de la estructura social sobre los resultados económicos, y la economía institucional como marco teórico con el que ir más allá de la dicotomía entre mercados y Estados.

DE LAS COMUNIDADES CAMPESINAS MEDIEVALES AL CAPITALISMO GLOBAL

La primera parte del libro está dedicada a las sociedades preindustriales europeas de la Edad Media y la Edad Moderna. De manera eficaz, Gallego elige como punto de partida la comunidad campesina medieval. Esta contaba con sus formas de autogestión a escala local, encaminadas a explotar de manera más o menos sostenible los escasos recursos productivos a su disposición. Las posibilidades económicas de estas comunidades se encontraban muy limitadas por su dependencia de fuentes de energía orgánicas y, en último término, de la magnitud que cada año pudiera alcanzar la cosecha. A lo largo de la Edad Media,

las comunidades campesinas se vieron gradualmente incorporadas a estructuras de mayor radio territorial a través de procesos de feudalización y mercantilización que se nos presentan como complementarios entre sí más que como antitéticos. Algo similar ocurrirá más adelante durante la Edad Moderna en el marco de la construcción de los Estados, la expansión de las redes socioeconómicas urbanas y una nueva vuelta de tuerca de la mercantilización de la vida económica.

La imagen es la de una economía europea que va desarrollándose de manera pausada, sentando las bases de lo que después será su gran transformación en la era contemporánea. El título de esta primera parte del libro es suficientemente expresivo: "Avanzando lentamente". Se subraya que, dentro de los límites impuestos por el contexto geográfico, tecnológico y social, los campesinos eran dinámicos. Sus instituciones locales de autogestión, lejos de ser la aberración irracional que leyeron en ellas los ilustrados de finales del periodo, cumplían un papel importante a la hora de coordinar a los distintos actores y tenían capacidad de adaptación a los cambios derivados de su incorporación a estructuras políticas o económicas de rango territorial más amplio. El libro se sitúa dentro de la corriente que enfatiza la importancia de este dinamismo preindustrial como primer tramo de los caminos hacia el progreso, en contraste con quienes prefieren situarlo más adelante, con el arranque de la revolución industrial. Sin embargo, a diferencia de los argumentos planteados por Douglass North (North y Thomas, 1978) o Eric Jones (1990) para sostener esta tesis, a Gallego lo que le interesa no es tanto encontrar en la Europa preindustrial trazas de una sociedad de mercado. No propone una relectura de la historia económica preindustrial en términos de avance del mercado frente a las ineficientes regulaciones feudales o estatales. Propone, más bien, que en la Europa medieval y moderna fueron acumulándose toda una serie de capacidades individuales y colectivas que hicieron posible un lento progreso y sentaron las bases de lo que en la edad contemporánea sería ya una profunda transformación de la economía y la sociedad.

La segunda parte del libro se adentra en esa transformación, adoptando un enfoque de largo plazo que cubre todo el periodo desde el siglo XIX hasta el presente. Se presentan los sucesivos cambios tecnológicos de la industrialización, transformaciones sociales como la conformación de

sociedades capitalistas, y las consecuencias demográficas y medioambientales de todo ello. Un hilo conductor es la creciente incorporación de fuentes de energía inorgánicas, que permitió vencer las restricciones al crecimiento propias de las economías preindustriales al tiempo que generaba una degradación ambiental sin precedentes.

El leitmotiv de la diversidad y el valor de los desarrollos pausados, incluido el agrario, vuelve a emerger con claridad a lo largo de estos capítulos dedicados a la industrialización. Hablando sobre el siglo XIX, por ejemplo, Gallego (2022: 129) concluye que

En definitiva, el crecimiento del siglo XIX fue consecuencia tanto de la potenciación y desarrollo de lo ya conocido, como del paulatino descubrimiento y aplicación de nuevas tecnologías, nuevas fuentes de energía y nuevos materiales, que a su vez indujeron a la transformación de los modos de trabajo anteriores. Unos países incidieron en una dirección más que en otra, pero el hecho de que algunos iniciasen más tarde y más lentamente la tecnología basada en el carbón y en la máquina de vapor no siempre significó que fuesen economías con menor agilidad para impulsar el cambio tecnológico y el crecimiento. Simplemente algunos países se desarrollaron en direcciones diferenciadas del modelo tecnológico y comercial británico, muy orientado al subsuelo y a la apertura comercial.

La “transformación de los modos de trabajo anteriores” nos remite, por supuesto, al desarrollo pausado de la agricultura en la mayor parte de Europa y su contribución como complemento del crecimiento industrial y elemento de cohesión social en una etapa de cambios profundos.

En cierto modo, Gallego está trabajando con la idea de Tony Wrigley (1992) de que la mejor manera de leer el crecimiento del siglo XIX es como una combinación de dos modos de crecimiento: un crecimiento rupturista en los sectores de vanguardia tecnológica y otro de carácter más tradicional en sectores como el agrario, que sin embargo cumplió un papel clave en las etapas iniciales de la industrialización, cuando por su propia naturaleza las rupturas vanguardistas no podían sino estar concentradas en unas pocas ramas de actividad. A su vez, esto encaja bien con revisiones ya clásicas de la industrialización como la propuesta por Maxine Berg (1987): la industrialización como una combinación de revolución tecnológica en los sectores de vanguardia con cambios más graduales y a menor escala, pero no por ello menos decisivos, en una amplia gama de sectores “no líderes”. Llegados a este punto, y una vez

así radiografiado el crecimiento económico del siglo XIX (o aún la primera parte del XX en no pocos países europeos), resulta inevitable la sensación de que la tesis sobre el desarrollo pausado de la agricultura española entre 1800 y 1936, lejos de constituir la “ocurrencia” de unos historiadores agrarios empeñados en cuestionar el relato dominante en la historia económica española, era más bien testimonio de hasta qué punto ese relato estaba necesitado de una renovación similar a la que desde la década de 1980 venían proponiendo para Gran Bretaña Wrigley, Berg o, en otro sentido no del todo divergente, contabilidades del crecimiento como la de Crafts y Harley (1992).

De hecho, allí donde el libro incorpora el caso de España a su relato, lo hace para ilustrar dinámicas que nuestro país comparte con el resto de Europa, más que para abrir un discurso paralelo sobre su atraso relativo. Sin duda, ya desde la publicación de *El fracaso de la revolución industrial en España* de Jordi Nadal (1975), el atraso relativo ha venido siendo el foco central de la historiografía económica española y aún informa de manera explícita manuales tan actualizados como el de Albert Carreras y Xavier Tafunell (2018). Esto ha favorecido que los manuales y ensayos de historia económica mundial que han incorporado la experiencia española lo hayan hecho sobre todo desde esa óptica. Se genera así un discurso de doble capa: una historia de éxito para los países líderes, complementada por la historia de la sempiterna incapacidad de España para ponerse a su altura. Por el camino, sin embargo, puede pasarse por alto que, aun con sus rezagos y debilidades, la economía española logró al fin y al cabo participar del éxito europeo a la hora de acceder al crecimiento económico moderno y un nivel de vida incomparablemente superior al del pasado. *Los caminos del progreso* muestra hasta qué punto muchas de las dinámicas europeas positivas pueden describirse con eficacia a través de ilustraciones españolas, abriendo el camino para una incorporación más equilibrada de nuestro país al relato internacional.

La Parte III introduce la evolución del pensamiento económico y las políticas públicas durante la era contemporánea. En realidad, el análisis de las economías preindustriales de la Parte I ya había reservado un capítulo para presentar el mercantilismo, la fisiocracia y a Adam Smith. Pero es sobre todo ahora cuando la historia de las ideas económicas recibe un tratamiento más detallado. También recibe, en cierto modo, la misión de abrir el relato del libro a

un tiempo histórico de más corta duración. De la mano de esta perspectiva sobre los cambios en el pensamiento económico y las políticas públicas, la historia del desarrollo económico occidental deja de ser solo una historia de grandes tendencias de fondo y pasa a ser también una historia puntuada por crisis recurrentes de extraordinaria gravedad, entre las que se subrayan las que comenzaron en 1929, 1973 y 2008.

El resultado es una historia de las ideas económicas contada, en gran medida, desde su contextualización dentro de la historia de los hechos económicos y orientada a su vez a comprender mejor estos últimos. En este sentido, el estilo recuerda sobre todo al eficaz modo en que (de nuevo) Tony Wrigley (1992; 2004) profundizó en los escritos de los economistas políticos clásicos con objeto de comprender mejor la economía británica del periodo preindustrial e inicios de la industrialización. Gallego ofrece una caracterización particularmente interesante de David Ricardo: en sus manos, el clásico “vicio ricardiano” (la tendencia a realizar propuestas prácticas generales sobre bases empíricas excesivamente particulares) se convierte en una invitación a identificar en las premisas de su obra todo aquello que era específico del modelo británico de desarrollo y en cuyo contexto las ideas de Ricardo cobraban pleno sentido. También resulta destacable su contextualización del giro neoclásico en el marco de la constatación de que el lóbrego capitalismo de los clásicos, con su ley de hierro para los salarios de subsistencia, se correspondía poco con el embrión de sociedad de consumo que estaba tomando forma en las décadas previas a la Primera Guerra Mundial. Desde este enfoque, Gallego consigue mantener la historia del pensamiento económico bien integrada en el relato general del libro.

La Parte IV completa el recorrido histórico enfrentándose a la difusión del desarrollo económico contemporáneo más allá de los países inicialmente avanzados. ¿Por qué unas sociedades fueron más capaces que otras de ir encontrando su camino hacia el progreso? La oleada de globalización del siglo XIX largo ofreció a las sociedades no europeas oportunidades para desarrollarse al calor de la demanda europea de productos primarios, pero también atrapó a muchas de ellas en una senda de especialización que podía llegar a ser peligrosa, sobre todo cuando iba unida a inercias sociales excesivamente desequilibradas y/o a los desequilibrios sociales derivados del colonialismo. La segunda oleada de globalización, desde la Segunda Guerra Mundial en

adelante, ofrecería nuevas ilustraciones del mensaje central de esta parte del libro: las oportunidades externas son importantes para estimular el desarrollo de los países atrasados, pero aún más lo son las capacidades internas para convertir dichas oportunidades en una senda de cambio económico diversificado. Desde esa óptica se explican éxitos como Japón (en el siglo XIX), el sudeste asiático (tras 1945) y China (tras 1980), en contraste con procesos más incompletos de desarrollo como el latinoamericano o con el atraso secular de la mayor parte de África. Esta sección del libro también incluye una sombría revisión de la experiencia soviética, significativamente titulada “De cuando el Estado sustituyó a la sociedad” (crítica que se hace extensiva a la Alemania nazi). La conclusión histórica, una vez más, es que el camino del progreso no pasa necesariamente por un determinado sector, por las acciones de un determinado grupo social o por una determinada batería de políticas públicas.

La Parte V hace explícito el recorrido desde esa conclusión histórica hacia un enfoque teórico que concrete de manera más explícita en qué consisten entonces los caminos del progreso. Gallego presenta aquí su visión de la economía institucional como un planteamiento que, siguiendo la expresión de Elinor Ostrom (2010), va más allá de los Estados y de los mercados. Las instituciones no son solo las instituciones formales, sino también las numerosas normas que regulan las relaciones sociales y la cooperación entre agentes. En esa dinámica institucional reside la clave del progreso, que se cimenta sobre el espacio para acciones individuales que vayan tejiendo lo social desde abajo (un plano de análisis que Gallego toma fundamentalmente de Friedrich Hayek), pero también espacios para la acción colectiva a través de redes y a través de las políticas públicas. Estas últimas, sin embargo, no pueden entenderse como un *deus ex machina* que triunfalmente corrige las dinámicas institucionales de base, sino más bien como una dinámica institucional paralela que, al tiempo que se ve condicionada por las otras, intenta condicionarlas, orientarlas o fortalecerlas.

La conclusión del libro argumenta que la combinación de estas dinámicas institucionales no solo ha sido clave para iluminar los caminos del progreso, sino que también es la base desde la que perseguir en el futuro una “prosperidad sostenible” en lo social y en lo medioambiental. A lo largo de todo el libro, estos dos vectores, el social y el medioambiental, se han presentado como contrapesos de la narrativa centrada en el crecimiento económico. De hecho,

una de las fortalezas de la argumentación reside en el paralelismo que establece entre el modo en que el capitalismo fue capaz de absorber los problemas sociales creados por el cambio económico, combinando la economía de mercado con medidas para reducir la desigualdad y difundir las oportunidades, y el modo en que en el futuro podría ser capaz de absorber los problemas medioambientales. Para Gallego, sería necesario partir de la base de una acumulación de pequeños cambios de actitud descentralizados que posteriormente, y dado que los incentivos mercantiles difícilmente podrían bastar, se verían consolidados y profundizados por regulaciones públicas.

PERO... ¿QUÉ ES EL PROGRESO? ¿Y LA ECONOMÍA INSTITUCIONAL?

Gallego consigue establecer un diálogo recurrente entre la teoría y la historia. No se trata de presentar unas ideas teóricas para después aplicarlas al laboratorio empírico del pasado. Tampoco se trata de presentar unos hechos históricos para obtener de ellos unas conclusiones teóricas. El diálogo es más equilibrado porque, en su presentación final, el marco teórico emerge como síntesis de un largo recorrido histórico, pero este, a su vez, no ha estado limitado a los hechos, sino que, como hemos visto, también ha incorporado la evolución de las ideas económicas. Eludiendo tanto la conversión de la historia económica en mera provincia de la economía aplicada como su disolución indiferenciada en la historia a secas, Gallego logra moverse en ese plano que Schumpeter (1942/1968) destacó de Marx: el de la “mezcla orgánica” entre teoría e historia. Como ha desarrollado Christopher Lloyd (2013), nos encontramos entonces ante un diálogo que, en cada nuevo ciclo, va reforzando tanto nuestros marcos conceptuales como nuestra comprensión de la historia.

Teniendo en cuenta el punto de llegada teórico de Gallego en este largo y completo libro, ¿en qué sentido podría tener lugar la siguiente ronda de reforzamiento? Quizá, en primer lugar, por una definición más explícita de lo que se entiende por progreso. El contraste entre las comunidades medievales con que se abre el relato y el capitalismo global del presente es tan vivo que en ningún momento del libro parece urgente definir el progreso. Además, a diferencia de otros libros del género que optan por relatar la historia económica internacional como una carrera de distintos países en pos del crecimiento

económico, Gallego se cuida de ampliar la agenda para incluir también la sostenibilidad social y ambiental de dicho crecimiento. El progreso parece ser, por tanto, un “crecimiento duradero, social y ambientalmente equilibrado” (Gallego, 2022: 537). Es una noción eficaz para estructurar la mayor parte del análisis, pero queda pendiente la cuestión de si, sobre todo en periodos más recientes de la historia de los países desarrollados, la opulencia ha ido activando otros problemas más allá de la desigualdad social y el deterioro ambiental. En particular, queda abierta la pregunta sobre la dirección del crecimiento económico y, por extensión, la dirección del cambio en las pautas de consumo de la población. En la transición desde una sociedad pobre hacia otra rica, con las necesidades básicas absorbiendo la mayor parte de los presupuestos familiares, no hay demasiado margen para que el cambio económico se desvíe hacia actividades poco valiosas desde el punto de vista social. Este margen aumenta, sin embargo, en el tipo de sociedad opulenta descrita por economistas como John Kenneth Galbraith (1958/1969) en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Las energías económicas pueden entonces desviarse hacia ciclos de producción y consumo de bienes poco relevantes, pero capaces de erigirse en la base de acuerdos sociales amplios (entre empresarios, trabajadores, consumidores, políticos). Esto puede ocurrir en detrimento de otras posibles alternativas de producción y consumo, pero también, al estilo de una imagen invertida del argumento de John Maynard Keynes (1930/2015) en “Las posibilidades económicas de nuestros nietos”, en detrimento de las esferas no económicas de la vida personal y social.

En el campo de la historia económica, Avner Offer (2006) se ha distinguido por explorar el “desafío de la opulencia”: el reto de conformar reglas sociales que favorezcan que los individuos trasciendan el consumismo y hagan un uso sabio de su riqueza. Sin duda, lo que neokeynesianos como Robert y Edward Skidelsky (2012) llaman “vida buena” florece mejor bajo lo que Gallego llama “crecimiento duradero, social y ambientalmente sostenible”, pero no es del todo equivalente a este. Gallego subraya en varias ocasiones la necesidad de reorientar nuestras pautas de consumo para hacer frente al desafío medioambiental, pero quizá podría haber subrayado también el proceso histórico reciente de conformación de sociedades consumistas, las llamativamente modestas reducciones de la jornada laboral que han tenido lugar en las últimas décadas y las posibles

implicaciones de todo ello en términos de otros de los ingredientes de la felicidad más allá de los bienes materiales (o, si eso es a lo que vamos, más allá también de la equidad social y la sostenibilidad ambiental): por ejemplo, como desarrolla Emanuele Felice (2020) en su *Historia económica de la felicidad*, el cultivo de las relaciones interpersonales y la orientación hacia propósitos vitales que potencien la sensación de sentido. No es un mérito menor que Gallego haya sido capaz de ensanchar la agenda, tradicionalmente centrada en el crecimiento económico internacional, para integrar con fluidez las dimensiones de la equidad y la sostenibilidad. La dirección del cambio económico, y su interacción con las esferas no económicas de la vida, es otra dimensión adicional que llama a las puertas.

De esta raíz conceptual brota una cuestión teórica. El planteamiento de economía institucional que propone el libro es convincente, pero, aunque pueda parecer paradójico, casi prescinde de la escuela institucionalista de pensamiento económico. Sí toma de este la idea central de que el comportamiento económico está enraizado en la estructura social: la idea que sobrevolaba toda la economía política clásica (Martins, 2013), que desapareció con el giro neoclásico y que reapareció de la mano de Karl Polanyi (1977/1994) y sociólogos económicos como Mark Granovetter (1985). Más allá de este marco general, el institucionalismo de Thorstein Veblen (1899/2014) o el ya mencionado Galbraith (1958/1969) están en realidad poco presentes. Ambos autores, cada uno a su manera, pusieron el énfasis en dinámicas institucionales (tanto formales como sobre todo informales) que podían generar patrones poco deseables de coordinación, negociación y entendimiento entre los actores económicos. Esto implica, por supuesto, una cierta valoración ética de qué es deseable y qué no, así como la posibilidad de que por ahí se abra cierta brecha entre los actores y el investigador. De ahí que Veblen y Galbraith pudieran criticar (con mayor o menor acierto) el consumo ostentoso, el espíritu de emulación, la dirección tomada por la industria en manos de empresarios con mentalidad más financiera que ingenieril, o el sesgo de la sociedad opulenta hacia la producción de bienes superfluos. Este es un salto más difícil de dar dentro del tipo de economía institucional que propone el libro: en él, desde luego puede haber patrones muy desequilibrados de negociación y coordinación, pero los actores identifican

correctamente sus intereses y encuentran modos sensatos de organizarse en consecuencia.

El modo en que las estructuras sociales preexistentes a cualquier individuo condicionan su comportamiento, abriendo mayores o menores espacios para su incorporación a redes, queda claro, pero quizá podría profundizarse más en el modo en que las estructuras sociales también condicionan su mentalidad y, por tanto, su manera de leer la vida económica y diseñar cursos de actuación. En un pasaje algo marginal (colocado en una nota al pie de página), Gallego (2022: 518n) señala por ejemplo que “La dirección por el consumidor de los procesos de asignación de recursos en las economías de mercado quedaría considerablemente matizada si consideramos que éstos eligen entre los productos que llegan al mercado como resultado de las decisiones de inversión de los empresarios”. Pero no es solo el espacio de elección lo que se encuentra condicionado: también lo es el propio proceso de deliberación y elección por parte del consumidor; o, más ampliamente, la identificación de un curso de actuación por parte del actor económico. Esto nos lleva ya al terreno de la “hegemonía cultural” de Antonio Gramsci (1929-35/1975) y, en general, al terreno de lo que había sido la principal crítica de Veblen (1906-07) a Marx. No se trata de un ángulo para nada incompatible con el tipo de economía institucional que propone Gallego en este libro, pero sí podría merecer cierta incorporación. En el plano histórico, podría, por ejemplo, servir para reforzar la explicación de las crisis económicas recurrentes del capitalismo, subrayando cómo determinados modos de cooperación entre actores y de entrelazamiento de sus intereses favorecieron el estallido y propagación de la Gran Depresión, la crisis de la década de 1970 o la más reciente Gran Recesión.

También podría ser interesante incorporar el enfoque de las llamadas “variedades de capitalismo”, una idea originalmente desarrollada por los politólogos Peter Hall y David Soskice (2001) para trazar un contraste entre economías de mercado “liberales” y “coordinadas”. Por supuesto, esta sencilla dicotomía ha sido objeto de todo tipo de necesarias matizaciones y extensiones, conduciendo a tipologías más elaboradas (por ejemplo, Boyer, 2005). No es menos cierto que también ha inspirado aplicaciones longitudinales (más que transversales) para releer la historia económica del siglo XX (Dore, Lazonick y O’Sullivan, 1999). Más allá de las etiquetas o los resultados concretos, lo cierto

es que el núcleo de este enfoque, a saber, que el capitalismo es un sistema flexible que adopta diferentes versiones en función de toda una serie de variables institucionales, es muy compatible con el tipo de economía institucional propuesta por el libro y, más ampliamente, con la insistencia del libro en la existencia de diferentes posibles sendas hacia el progreso.

CUESTIONES HISTÓRICAS ABIERTAS

Moviéndonos de la teoría de vuelta hacia la historia, quedan abiertas dos cuestiones: una sobre el mundo rico y otra sobre los países menos desarrollados. La referida al mundo rico es hasta qué punto puede utilizarse el análisis de largo plazo no solo para subrayar las continuidades del presente con el pasado, sino también para incidir en lo que hace a aquel excepcional. El libro apuesta sobre todo por lo primero. Frente al catastrofismo que en ocasiones invade el debate público, tenemos aquí una buena ración del tipo de “nuevo optimismo” que se asocia a autores como Steven Pinker (2018) y que nos recuerda que el tiempo pasado no fue generalmente mejor y que la senda contemporánea de cambio socioeconómico está llena de cosas buenas. Frente a los tonos apocalípticos con que en ocasiones se presenta el desafío medioambiental, el libro nos recuerda que el capitalismo ya fue suficientemente flexible para absorber, sobre todo durante el siglo XX, el desafío social que se le había planteado durante el siglo XIX, lo cual nos ofrece numerosas pistas sobre cómo puede lograrse un sistema más sostenible hoy. El libro también nos recuerda que las instituciones locales de autogestión de las comunidades rurales previas al liberalismo pueden ofrecernos una guía sobre cómo gestionar ahora el problema esencialmente similar de los “comunes” globales a escala internacional.

Todo esto es convincente y pertinente, pero habría funcionado aún mejor si hubiera venido acompañado de una mirada más interesada en su opuesto, es decir, en todo aquello en lo que el tiempo presente se diferencia de dinámicas históricas previas. El libro traza bien su distinción entre el capitalismo del siglo XIX y el del siglo XX, pero tiende a englobar el tiempo presente en una suerte de siglo XX largo. Esto suaviza un tanto el tratamiento que se hace de rupturas clave de las décadas finales del siglo XX: la revolución tecnológica de la información y las comunicaciones, el agotamiento del fordismo, la desindustrialización, la

financiarización, la globalización de la actividad económica a una escala sin precedentes... Por el camino, quedan entonces preguntas interesantes sin responder. ¿Cuánto está contribuyendo el capitalismo de las últimas décadas a mejorar el nivel de vida de la población? ¿Se traduce el crecimiento económico, una vez corregido por su distribución social, en mejoras del nivel de vida comparables a las de periodos históricos previos? ¿O, por el contrario (y como propone por ejemplo el ya citado Offer), hemos entrado en una era histórica en la que, una vez satisfechas con cierta holgura las necesidades más básicas, la contribución del crecimiento al bienestar entra en rendimientos decrecientes? Por otra parte, el caso de la autoorganización local de las comunidades campesinas como analogía del desafío actual sobre comunes globales es convincente, pero ¿no funciona también (y quizá más poderosamente aún) en sentido inverso? Es decir, junto a la analogía podemos percibir lo que hace excepcional (y difícil) el reto ambiental del presente. Las comunidades campesinas no se enfrentaban al problema de gestionar recursos comunes compartidos con otras comunidades diferentes, como sí deben hacer los Estados del presente. Su política no se encontraba atravesada por lo que Matthias Schmelzer (2016) ha llamado la “hegemonía del crecimiento”, por lo que la adopción de reglas para la sostenibilidad no chocaba frontalmente con los proyectos de una poderosa élite empresarial y una fracción del electorado.

La desindustrialización y la financiarización, por su parte, pueden haber visto su protagonismo recortado por lo que en general es una acertada apuesta del libro por la diversidad sectorial como base para el progreso. Como vimos, esta apuesta se encuentra enraizada en la tesis sobre el “desarrollo pausado” de la agricultura española, la cual (a su vez) se encuadraba dentro de una renovación historiográfica más amplia que cuestionaba los relatos sobre sectores “buenos” y “malos” en función de sus respectivos niveles de productividad. En el caso de la historia agraria española, el argumento no era tanto negar la baja productividad de la agricultura como suavizar sus implicaciones al incorporar otras dimensiones como los encadenamientos con otros sectores o la contribución de la agricultura a la sostenibilidad social del cambio económico. Tanto esta variante de la renovación como otras estaban implícitamente enmarcadas dentro de un largo periodo histórico en el que el cambio estructural, ya tuviera lugar de manera más rápida o más lenta, estaba

llevando recursos desde los sectores de baja productividad hacia otros de productividad mayor. Pero ¿qué ocurre cuando esa senda de cambio se ve remplazada por otra en la que, como en el caso de la desindustrialización, los recursos comienzan a transferirse desde el sector de mayor productividad hacia el resto? Entonces quizá se vuelve necesario no perder de vista que, aunque la diversidad sectorial es importante, aunque también los sectores de menor productividad pueden realizar su contribución al progreso, aunque es simplificador pensar en sectores “buenos” y “malos”, ello no implica que todos los sectores sean equiparables entre sí. A esto hay que añadir que, precisamente porque la productividad no es lo único que cuenta, la reorientación paralela de nuestras economías hacia un capitalismo financiero cuya dimensión con respecto a la economía real carece de precedentes ha dotado a este modelo de crecimiento, ya de por sí con menos potencial que el anterior, de una vulnerabilidad notable.

Aunque es algo injusto comentar esto sobre un libro que tiene la gran virtud de ofrecer un compacto planteamiento de largo plazo, quizá podría haberse explorado más lo que estas dinámicas recientes pueden tener de rupturistas. ¿Es la senda de cambio identificada por el libro para el siglo XX la misma senda por la que circulamos hoy día? ¿O convendría establecer aquí una cierta diferenciación para el siglo XXI, como de manera tan convincente ha hecho ya el libro entre el lóbrego capitalismo del siglo XIX y el más inclusivo del XX?

Junto a esta cuestión de la caracterización del tiempo presente en los países desarrollados, merece la pena detenerse en la historia de las economías menos desarrolladas que propone el libro y que sin duda constituye uno de sus puntos fuertes. El tratamiento de los países menos desarrollados ha sido tradicionalmente uno de los puntos débiles de los manuales de historia económica mundial, y solo en los últimos tiempos están surgiendo perspectivas más inclusivas y genuinamente globales. Para ello ha sido clave no solo el creciente cultivo de la historia económica referida a esas partes del mundo, sino también el interés de los economistas aplicados por los datos históricos en su búsqueda de explicaciones unificadas sobre la riqueza de unos países y la pobreza de otros. *Los caminos del progreso* se apoya ampliamente en ambos pilares para asegurar a sus lectores un eficaz análisis de las fuerzas que, según

los periodos y casos, favorecieron u obstaculizaron la difusión del desarrollo fuera del pequeño grupo de países occidentales en que se originó.

Lo que no termina de ofrecer el libro, salvo quizá de manera implícita en algunos pasajes, es una explicación de por qué el desarrollo se originó en Occidente y no en China u otras partes del mundo. Para cuando comienza el relato sobre el mundo pobre, el mundo rico ya existe y la cuestión es si aquel logra o no evitar quedarse descolgado. En lo que probablemente es la única omisión temática que no se encuentra justificada por la estrategia analítica del libro, lo que Kenneth Pomeranz (2000) llamó “la gran divergencia” queda sin examinar. Se intuye que diversos factores sobre los que los historiadores llevan décadas discutiendo, desde el marco institucional hasta la cultura pasando por el colonialismo, debieron de impedir que fuera de Occidente se registrara ese avance pausado que posteriormente desembocó en industrialización, pero todo esto ha ocurrido ya para el momento en que el relato se adentra en un análisis de las dificultades de los países no occidentales durante el siglo XIX.

Toda esta parte del libro es muy interesante y tiene la virtud de incorporar una gran variedad de casos y contextos, subrayando de nuevo el mensaje de que no hay un único camino hacia el progreso. No es menos cierto, sin embargo, que esta es la parte en la que con más claridad se percibe la distancia entre la economía institucional que propone Gallego, por un lado, y el *mainstream* de la economía aplicada que ha terminado dominando la pirámide profesional de la historia económica, por el otro. Fuera del ámbito occidental, no es tan sencillo ya para Gallego elaborar con tantos matices los elementos de su propuesta más próximos a la sociología económica, como el papel de las redes sociales o la perspectiva de la negociación entre los actores. En el caso occidental, puede apoyarse en una amplia bibliografía, en no pocos casos vinculada a la historiografía agraria española y que, desde una fantástica capacidad de síntesis, logra movilizar en tal dirección. Pero estos apoyos no parecen tan sencillos de asegurar en otras latitudes. Aunque la credibilidad del argumento general no se tambalea, esta parte del libro gravita algo más que el resto en torno a los polos tradicionales del mercado y el Estado.

En ocasiones, de hecho, se recurre a planteamientos teóricos que, aunque reflejan bien toda una línea de investigación en la materia, no parecían haber sido necesarios hasta ese momento. La discusión sobre los obstáculos al

desarrollo de las periferias agrarias durante la globalización del siglo XIX, por ejemplo, se articula en no poca medida alrededor del modo en que cambios en los precios relativos de los bienes y los factores favorecieron unas u otras sendas de evolución económica y social. En línea con el programa de investigación popularizado por Jeffrey Williamson (2012), esto es creíble y, además, Gallego encuentra el modo de entretrejerlo con complementos y extensiones que enlazan bien con el patrón institucional que guía el conjunto del libro. Pero no deja de surgir una duda: si los precios relativos son tan importantes, ¿por qué no hemos oído hablar sobre ellos antes? Al fin y al cabo, este enfoque neoclásico también ha sido empleado por Robert Allen (2009) para explicar la revolución industrial británica, y otros investigadores (siguiendo la estela del ya citado Williamson) han perseguido sus implicaciones para otros países europeos en el siglo XIX. La sensación es que, aunque la mirada de Gallego sobre unos y otros materiales es uniforme, los que maneja para el mundo pobre le dan menos margen para elaborar el tipo de sociología económica que es distintiva del libro.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A lo largo de todo el libro, y sobre todo conforme entramos en su conclusión teórica, planea una última incógnita: ¿cuál es la perspectiva política que está implícita en *Los caminos del progreso*? Habría sido interesante que Gallego hubiera encontrado algún momento, aunque fuera breve, para plantear alguna reflexión explícita en esta línea, en un momento en el que la configuración política de nuestras sociedades se ha vuelto más plural y volátil. Por eliminación, queda claro que el modelo no es, evidentemente, una economía planificada en la que el Estado sustituye a la sociedad. Tampoco parece serlo un capitalismo salvaje en el que los mercados aspiren a erigirse en coordinadores casi exclusivos de la vida económica. Sin embargo, lo que queda una vez excluimos estos extremos es un campo político muy amplio en el que diferentes variantes de combinación entre mercado, Estado y sociedad civil pueden permitir que los países progresen. Al fin y al cabo, no es para nada casual que el libro hable de los caminos del progreso en plural. Da la impresión de que, puestos a identificar lo que estos distintos caminos podrían tener en común, desembocamos en algo así como las “instituciones inclusivas” de Daron Acemoglu y James Robinson

(2012). Eso podría situar la política implícita del libro en un vasto espacio ocupado por diversas familias de la izquierda y la derecha, entendidas ambas como orientaciones con respecto a un centro nunca demasiado lejano más que como fórmulas extremas.

A otro nivel, sin embargo, da la impresión de que la inclusividad de este libro gravita de manera distintiva en torno a las capacidades de los individuos y sus redes para la acción “desde abajo”. Más que una narrativa sobre un diseño institucional inclusivo desde arriba, de cuyas reglas de juego se derivan toda suerte de orientaciones e interacciones provechosas a lo largo del tiempo, lo que tenemos es un proceso recurrente, siempre en marcha, de creación y reconfiguración de espacios para la acción individual y colectiva, ya tenga lugar esta dentro del mercado o fuera de él. Desde esta óptica, el planteamiento se aproxima más al tipo de socialdemocracia perfilada por Adam Tooze (2022): no tanto una respuesta tecnocrática a los males achacados al neoliberalismo como una repolitización de la economía que favorezca una gobernanza democrática de la misma. De manera coherente con un libro que enfatiza (precisamente) los caminos del cambio, su política subyacente parece ser una socialdemocracia de los procesos y las oportunidades, más que (directamente) de los resultados.

Lo cual nos devuelve al eco que el libro proyecta en torno a su autor: estos “caminos del progreso” en la historia del desarrollo económico internacional se parecen, en no pocos puntos, a los caminos del propio Domingo Gallego como académico. Su énfasis en las redes sociales como canalizadoras y potenciadoras de las energías individuales recuerda al entusiasta compromiso que siempre ha mantenido con lo que hoy es la Sociedad de Estudios de Historia Agraria. Su énfasis en la diversidad de caminos que pueden conducir al progreso trae a la mente la diversidad metodológica que ha marcado su propia trayectoria, alternando la reconstrucción de series temporales, la elaboración teórica, la síntesis de la abundante bibliografía secundaria generada en sus redes de referencia, y la cliometría. También trae a la mente otra diversidad: aquella que hoy día se encuentra amenazada por las implacables reglas del “capitalismo académico” y su lógica uniformadora y fetichista, que Domingo Gallego siempre halló maneras de relativizar.

Este fantástico libro tiene la rara virtud de poder ser leído con gran interés a todos estos niveles, además de los propios de su contenido. Los profesores de

historia económica mundial y asignaturas relacionadas encontrarán aquí una forma innovadora de hilvanar el relato, llena de sugerencias. Sus alumnos, tanto de grado como de posgrado, podrán leer diversas partes del texto como eficaz material complementario. Los investigadores en los campos de la historia económica y la historia agraria encontrarán mucho con lo que reflexionar acerca de cómo encaja en de la imagen de conjunto lo que ellos están haciendo. Pero muchos, sobre todo entre quienes tuvimos la suerte de cruzar caminos con el autor, leeremos aquí no solo una historia del desarrollo económico internacional, sino también una historia de los caminos intelectuales por los que Domingo Gallego, armado con su característicamente contagiosa alegría, fue logrando que las instituciones, las redes y las personas que estaban a su alrededor progresaran con él.

REFERENCIAS

- Acemoglu, D. y Robinson, J. A. (2012): *¿Por qué fracasan los países? Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*, Barcelona, Deusto.
- Allen, R. C. (2009): *The British industrial revolution in global perspective*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Austin, G. (2008): "The 'reversal of fortune' thesis and the compression of history: perspectives from African and comparative economic history", *Journal of International Development*, 20 (8).
- Berg, M. (1987): *La era de las manufacturas, 1700-1820: una nueva historia de la revolución industrial británica*, Barcelona, Crítica.
- Boyer, R. (2005): "How and why capitalisms differ", *Economy and Society*, 34 (4).
- Carreras, A. y Tafunell, X. (2018): *Entre el imperio y la globalización: historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica.
- Cipolla, C. M. (1991): *Entre la historia y la economía: introducción a la historia económica*, Barcelona, Crítica.
- Crafts, N. F. R. y Harley, C. K. (1992): "Output growth and the British industrial revolution: a restatement of the Crafts-Harley view", *Economic History Review*, 45 (4).
- Dore, R., Lazonick, W. y O'Sullivan, M. (1999): "Varieties of capitalism in the twentieth century", *Oxford Review of Economic Policy*, 15 (4).
- Felice, E. (2020): *Historia económica de la felicidad: una nueva visión de la historia del mundo*, Barcelona, Crítica.
- Galbraith, J. K. (1958/1969): *La sociedad opulenta*, Barcelona, Ariel.
- Gallego, D. (1986): "La producción agraria de Álava, Navarra y La Rioja desde mediados del siglo XIX a 1935", tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- (2001a): "Historia de un desarrollo pausado: integración mercantil y transformaciones productivas de la agricultura española (1800-1936)", en J. Pujol, D. Gallego, R. Garrabou, L. Fernández Prieto y M. González de Molina, *El pozo de todos los males: sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Barcelona, Crítica.

- (2001b): “Sociedad, naturaleza y mercado: un análisis regional de los condicionantes de la producción agraria española (1800-1936)”, *Historia Agraria*, 24.
 - (2007): *Más allá de la economía de mercado: los condicionantes históricos del desarrollo económico*, Madrid, Marcial Pons / Pressas Universitarias de Zaragoza.
 - (2022): *Los caminos del progreso: una historia del desarrollo económico*, Granada, Comares.
- GEHR [Grupo de Estudios de Historia Rural] (1985): “Evolución de la superficie cultivada de cereales y leguminosas en España, 1886-1935”, en P. Martín Aceña y L. Prados de la Escosura (eds.), *La nueva historia económica en España*, Madrid, Tecnos.
- (1991): *Estadísticas históricas de la producción agraria española, 1859-1935*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
 - (1999): “Diversidad dentro de un orden: privatización, producción forestal y represión en los montes públicos españoles, 1859-1926”, *Historia Agraria*, 18.
- Gramsci, A. (1929-35/1975): *Cuadernos de la cárcel*, México D. F., Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Granovetter, M. (1985): “Economic action and social structure: the problem of embeddedness”, *American Journal of Sociology*, 91 (3).
- Hall, P. A. y Soskice, D. (2001): *Varieties of capitalism: the institutional foundations of comparative advantage*, Oxford, Oxford University Press.
- Jones, E. L. (1990): *El milagro europeo: entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*, Madrid, Alianza.
- Keynes, J. M. (1930/2015): *Las posibilidades económicas de nuestros nietos*, Madrid, Taurus.
- Lloyd, C. (2013): “Beyond orthodoxy in economic history: has Boldizzoni resurrected synthetic-structural history?”, *Investigaciones de Historia Económica*, 9.
- Martins, N. O. (2013): *The Cambridge revival of political economy*, Abingdon, Routledge.
- Nadal, J. (1975): *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*, Barcelona, Ariel.
- North, D. C. y Thomas, R. P. (1978): *El nacimiento del mundo occidental: una nueva historia económica*, Madrid, Siglo XXI.
- Offer, A. (2006): *The challenge of affluence: self-control and well-being in the United States and Britain since 1950*, Oxford, Oxford University Press.
- Ostrom, E. (2010): “Beyond markets and states: polycentric governance of complex economic systems”, *American Economic Review*, 100 (3).
- Pinker, S. (2018): *En defensa de la Ilustración: por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*, Barcelona, Paidós.
- Polanyi, K. (1957/2003): *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- (1977/1994): *El sustento del hombre*, Barcelona, Mondadori.
- Pomeranz, K. (2000): *The great divergence: China, Europe, and the making of the modern world economy*, Princeton, Princeton University Press.
- Schmelzer, M. (2016): *The hegemony of growth: the OECD and the making of the economic growth paradigm*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Schumpeter, J. A. (1942/1968): *Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Aguilar.
- Skidelsky, R. y Skidelsky, E. (2012): *¿Cuánto es suficiente?: qué se necesita para una “buena vida”*, Barcelona, Crítica.
- Tooze, A. (2022): “If we want a new social-democracy, we need to re-politicise the economy”, *El País (Agenda Pública)*, 28 de mayo.
- van Zandt, S. (2021): *Unrequited infatuations: a memoir*, Nueva York, Hachette.
- Veblen, T. (1899/2014): *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza.
- (1906-07): “The socialist economics of Karl Marx and his followers”, *Quarterly Journal of Economics*, 20 (4) y 21 (2).

- Williamson, J. G. (2012): *Comercio y pobreza: cuándo y cómo comenzó el atraso del Tercer Mundo*, Barcelona, Crítica.
- Wrigley, E. A. (1992): *Continuidad, cambio y azar: carácter de la Revolución industrial inglesa*, Barcelona, Crítica.
- (2004): *Poverty, progress, and population*, Cambridge, Cambridge University Press.